



Transparencia eterna y otros textos

Karen Vinueza

Mis pies en el pavimento arrastran la curiosa inquietud de dolor, mientras el sol acaricia las llagas que provocan semillas en la espera de algún fruto; contemplo la ruta, solo apretujo los dientes y se humedece mi lengua. Camino.

Agujeros con la entrada de aquel pecado externo envejecen rápidamente el brote de agua de mis ojos y no siento, porque fallo en las miradas. Paso, pie, ruta. Calmado el invierno ayuda a la desilusión, o tal vez a la inflación. Unto aceite en la base de mi tablero porque la suavidad y la molestia irradian cortes de superioridad. Cambio de postura.

Presiono mis esquinas en el suelo sur y trato de oler la brea que pronto será necesario cruzar; aunque la belleza tiende a abolir el sol, éste aparece como queriendo jugar a las escondidas, y camino.

Junto a un espacio frío apaciguo la esfera tosca de la sequedad, arrastro los pies, pero ya no son míos, lo único mío es la capa cubriente. Aprovecho cada sonido de tambor que se genera en toda la calle y no me detengo. Muy cercano al límite a pesar de que perdura la inercia, trago la saliva que permanecía en mi boca para no ahogarme y dejo de chocar contra el espejo inferior. No logro continuar ni mirar frente a la pared de la sala porque he perdido algo, algo que ya no era mío pero que aún me hace falta, ese algo que permanece colgado como pintura que nadie observa. Ese algo era mi equilibrio, la equidad de mi andar.

Que el cielo no sea celeste, sino lila. Que los dedos no tengan huellas. Que la sangre no sea roja, sino transparente, como las lágrimas. Que sea tan transparente como el sentimiento que se aloja en el fondo de nuestra alma y las llagas de una herida viva que no se cicatriza ni siquiera con el pasar del tiempo. Tan transparente que ni el ojo pueda distinguir si hay algo en el rostro o no. Transparente, no vacía. Sangre transparente que se disfraza con suficiente brillo para querer existir. Sangre que no puede dejar de recorrer mi cuerpo y que, a pesar de no ser vista, sabemos que es roja por dentro...

Desconozco el origen del espacio y la superficie, aunque mi cuerpo parado frente a una calle angosta y larga, finitamente ilusoria, perdía órdenes cerebrales en cada segundo. Apuré a mis musculaturas a despertarse, pero demoré tanto en la intención que sentí el cosquilleo de las hormigas durante un corto paseo de mi cabeza.

El sol conspiraba con mi ira; conjuración que brinda a todo lo externo las clasificaciones de meneos de mi rostro; era un elegante y creativo desfile de muecas.

Empecé a sentir el roce contra el pavimento después del despertar de mi masa muscular y obviamente el olor a quemado iba a aumentar mediante el andar. No me cubría nada. No había tela, sogas, plástico o esponja, había cuero. No suavicé mi superficie por lo tanto las marcas adoptarían un tono oscuro simulando una carne asada en una parrilla.

El final no lo sé, ni siquiera el objetivo de esta travesía, pero continúo. Miradas de águila cuidando mi espalda y gestos autoritarios me soplaban un aire de seguridad; niños de escuela gimiendo por un helado, amantes en un Fiat en donde el tiempo dura solo quince minutos, amo de pitbull -quizás su hermano-, mujer atribuida de senos enormes enjaulada en artefactos pequeños...

Me harté

Continúo, pero grito. Grito en silencio para que todos me oigan, pero nadie me escuche. No busco nada, ni espero nada; no hay límite frente a mí, pero estoy saturada de llaves lateralmente.

La carne molida que construye mis extremidades inferiores se ha descompuesto y mi piel ahora es bicolor, aunque exista un terrible contraste de tonos, me convertí en camaleón.

Volé, volé hacia un charco de líquido, tal vez orina, tal vez agua; bailé al son de las maracas y sirenas y adopté el paso de Michael Jackson al ritmo, hasta que terminé de absorberlo todo. La inercia reinó.

Sin lluvia ni luz estaba dentro de un cubo armado por una columna de hombres, y me sentía extraña, quizás fresca. No vacilé en cruzar varias veces la ligera brisa que circulaba en ese espacio y me seguía sintiendo extraña. En un abrir y cerrar de ojos apareció el escenario, éste no fue armado por la columna de hombres, eso lo noté, fue armado por un burdel de *gays*. Estaba atiborrada de curvas, flores, chucherías, humo y exotismo que mi masa corporal se tumbó en una zona acolchonada, aún me sentía extraña. Se regaba. La herida se abrió y los insectos aprovecharon para viajar. Empecé a sentir una hormiga, una cazadora, que no tardó tanto en transmitir la oposición a la temperatura en la que voluntariamente se había encerrado. Ya no me sentía extraña, estaba incompleta.

Una fotografía nunca hecha, obra de arte no perdida. Sin perder el ángulo ni los elementos, los *gays* colgaron en una de las paredes el instrumento de su inspiración: la perfección de mis piernas.

Crucé la puerta y olvidé que una gaviota había perseguido el pescado que cargaba en la funda junto al corazón de un hombre que no soportó que fugaras, creyendo estar a punto de convertirme en el devorador de aquel corazón porque no soporto la idea de saber que algo de él tiene tus recuerdos o sensaciones que mezclaste en encuentros llenos de adrenalina y regocijo. Aún no encuentro aquel escondite que perseguíamos tras aquella pareja que disfrutaba de circunstancias peligrosas, cometiendo adulterio, atestiguándole al tiempo que el espacio no lo acompaña. Aún no encuentro la marca que dejaste en mi espalda, la que sólo podía ver con el juego de espejos, y que no me quemó en el instante, sino que se reavivó cuando dejaste de llamar. No encuentro aquel respiro que dejé guardado en tu boca, debajo de sábanas, sin rastro de dudas o ilusiones, aquel respiro que casi me mata, aquel respiro que parecía que mi alma se escapara detrás de la tuya.

Lo que sí encontré fue el frasco de la acetona evaporada en mi mesa de noche de aquella vez que nos agarró el día después de una profunda conversación; una brisa que se formó cuando cerraste la puerta del baño descubriendo la naturalidad del deseo y me cegó la luz prendida...por el miedo a la oscuridad de tu corazón.

Huiste a oscuras del amor, confiada en la luz, abrazada de las irregularidades de tu visión, obstruyendo por completo el horizonte en el que no te hubieses perdido si la dejabas encendida. La luz que aprobaste provocando la pérdida de mi sombra en tu caminar.

Ahogo leve por la palabra no dicha

He vuelto a recordar los remolinos del tornado dentro de casa, después de cada episodio -oscuro-, y es la misma sensación que tengo ahora. Ni siquiera se asemejan las situaciones ni el nivel de discusión, pero creo que enfrentarme a una situación tan desgastante emocionalmente ha provocado que me cuestione mucho más: ¿qué estás haciendo? Esta pregunta está cargada de culpa, vergüenza, dolor, miedo, pero al mismo tiempo de supervivencia, descubrimiento y esperanza. Porque al parecer la inercia vuelve y se instala en todos los ámbitos de mi día, porque han vuelto las máscaras, las sonrisas falsas, la incomodidad escondida de ligereza corporal; porque las confusiones y dudas se esconden en una acción de alejarse del entorno físico. Porque quiero ignorar todo y contrariamente lo absorbo todo. Porque en esa resistencia las estacas del dolor se instalan más y son más difíciles de sacar. Porque las lágrimas aparecen sin siquiera conectarlas mentalmente con un episodio, como si la lluvia apareciese sin ninguna nube negra y con el mayor resplandor solar. Como si la vida solo fuera acción sin emoción. Siento ese vacío y el nudo en la garganta de la tristeza, de la lágrima por derramar, del ahogo leve por la palabra no dicha. De mí se desprende vívidamente el pesar.

¿Hay que huir?

Entre cambios de humor, altibajos de ansiedad, miedos repentinos, saturación de pensamientos, limitaciones a mis hábitos...estoy cansada. Me quedo en silencio. Como la niña programada para guardar silencio cuando los mayores hablaban. Estoy condicionada y me ahogo. Mi garganta siente el peso de algo intangible e inmaterial en mi cuerpo, pero ahí está, tan fuerte como una puñalada directa y profunda. Siento mis ojos parpadear lentamente, como si hubieran aceptado el abandono corporal. En mi mutismo, siempre alguien me reconoce y me increpa. Es difícil afrontar la tortura interior del otro en su comportamiento, porque lo que buscan los demás es acortar el tiempo de ese estado; y lo que no contemplan es que ese estado puede ser más permanente que el mismo silencio. Alguien me dijo una vez: Tranquila, que de esto salimos. Y yo me pregunto: ¿Hay que huir?